

EDITORIAL

La relación entre Universidad y política

El mal de Auschwitz es «inexpresable»¹. Es decir, no hay palabras para describir la crueldad, la sevicia y el modo como el ser humano ha alzado la mano contra su hermano. No solo se ha matado, que ya de por sí es inaceptable, sino que se ha pisoteado la dignidad hasta niveles insospechados. Se ha mantenido al otro consciente para que sea testigo de su propia humillación y se le ha sometido para que colabore con su propia destrucción. Auschwitz fue una “fábrica” en donde el ingenio humano se puso al servicio de procesos que intentaron producir beneficios a partir de la aniquilación y la muerte.

En este hecho, que pasa ya casi desapercibido para las conciencias contemporáneas, hemos visto el rostro del ser humano desfigurado por la ideología, la mentira, la persecución y el asesinato. Un rostro de rasgos diabólicos que se manifiesta incesante en su deseo de destrucción y que se perpetúa en la actualidad a través de la guerra, el maltrato, el racismo, el abuso, la manipulación cultural, la promoción deliberada de la ignorancia, el relativismo, el utilitarismo y tantas otras formas en las que el ser humano busca el poder sobre la vida a costa de su propia ruina. A partir de todos estos hechos, es normal que nos preguntemos: ¿Cuál es el rol de la Universidad frente a este escenario político? ¿Cómo se relaciona la comunidad universitaria con su entorno y cómo cumple su misión en medio de las circunstancias de cada tiempo?

Se puede empezar por decir que, desde su nacimiento, la Universidad ha estado involucrada con la sociedad. Su nacimiento, ligado a la misión de la Iglesia, *mater et magistra*, estuvo íntimamente

1 Vladimir Jankélévic, *Perdonare?*, Giuntina 2004, p. 45.

unido a la necesidad de preservar a los pueblos de las verdades parciales, de los intereses personales de algunos hombres que ostentaban el poder y de la lejanía de Dios, su Creador. La Iglesia nacida del corazón misional de Cristo, formó siempre a sus hijos para que estos pudiesen protegerse del error, de la ignorancia y del mal. En contra parte, buscó que estos se alegrasen en y con la verdad, vivieran según la bondad de su ser y se regocijasen en la belleza de todo cuanto Dios puso en sus manos. Por ello, animada de este espíritu eclesial, la Universidad convirtió sus claustros en espacios donde las comunidades cristianas y los hombres de buena voluntad se consagraron a la búsqueda de la verdad sobre Dios, la persona humana y del orden jurídico y social que corresponde a su dignidad².

En ese sentido, la Universidad no es y nunca ha sido a-política. Por el contrario, su misión le ha exigido participar y animar activamente la construcción de la vida política y social en todo sentido. A través del cumplimiento de su búsqueda y comunicación de la verdad, colabora para que entre los hombres reine el amor y respeto por la dignidad humana, la búsqueda del bien común y la posibilidad de orientar libremente la vida hacia Dios según su *Logos*. Además, ofrece respuestas y soluciones a problemas y circunstancias concretas a los hombres de cada sociedad en vista a su desarrollo y realización.

A pesar de todos estos elementos, hay que reconocer que en la misión que vincula a la Universidad con el mundo público, está inscrita su misma autonomía sobre cualquier orden particular.

La búsqueda de la verdad libera a la Universidad. Ella discute críticamente lo social y lo político, enseña a «dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César» (*Mt 22, 21*). Es decir, se mantiene ajena a los intereses subjetivos o institucionales que la alejan de su misión de buscar la verdad libremente³. Cuando la Universidad sostiene o apoya algún orden concreto se somete a sus fines y, en ese sentido, desnaturaliza su existencia. Por ello, el lucro, el poder político o el prestigio son fines que en sí mismos esclavizan a la Universidad y le impiden ejercer su función de discernimiento, de ayudar a los hombres a distinguir la verdad del error, el bien del mal y, sobre todo, de actuar en contra de la mentira y la maldad y de proclamar

² Es lo que sostiene el valiente discurso de Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona al manifestar que la gran tarea de la Universidad es llevar a los hombres a ampliar la razón para actuar según el *Logos* de Dios. *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006.

³ Juan Pablo II, *Ex corde Ecclesiae*, 7.

la verdad y la bondad esencial del hombre, que reconocemos en su dignidad de hijo de Dios.

Desde este lugar privilegiado, la Universidad ejerce su rol generando cultura, formando las nuevas generaciones, permitiendo el desarrollo de los pueblos y alentando a la sociedad a buscar el bien común político y religioso⁴. Por ello, cuando la Universidad se encuentra en crisis, la sociedad se resiente en sus raíces. En otras palabras, los jóvenes pierden el sentido del tiempo y relativizan su vida, la cultura se deforma y se vuelve contra la verdad y el bien y los pueblos se preocupan más por mostrar la grandeza de sus obras que por buscar los bienes esenciales de la vida presente y futura. Por ello, la ciencia pierde su rumbo y se convierte en una carrera de poder en la que, desafortunadamente, los seres humanos dejan de servirse de la ciencia y se convierten en su instrumento.

Esto es precisamente lo que denuncia lo inexpresable de Auschwitz y que algunos hombres de Universidad percibieron con toda claridad. Por ello, levantaron su voz en el momento e invitan a hacerlo nuevamente con la intención de que la Universidad no renuncie a su libertad, para que busque la verdad y el bien por encima del lucro, las ideologías de turno y la represión y destrucción que causa la violencia. La Universidad se puede considerar, en ese sentido, conciencia cognitiva y moral de la sociedad a la que sirve. Por un lado, trabaja arduamente para que esta pueda abrir su mente, pueda captar la realidad, esclarecer el ser de las cosas y distinguir la verdad en medio de las contingencias particulares. Por el otro, para que pueda distinguir el bien del mal. Para que quienes intentan actuar moral, ética y jurídicamente no desfallezcan frente a la corrupción, el interés propio, la relativización de los valores absolutos que sostienen la vida humana y la violencia que intenta destruirla. Esta analogía exige que la Universidad esté siempre en tensión hacia lo Verdadero y lo Bueno. Que sepa beber continuamente de la fuente que ilumina su inteligencia y que la ayuda a ser una comunidad que da testimonio de vida con su actuar responsable, solidario, serio, riguroso y creativo.

En atención a estos elementos presentamos en este volumen algunos textos de altísimo valor para reflexionar sobre la relación entre Universidad y política. En primer lugar, el padre Luigi Castangia introduce la traducción del texto de Romano Guardini, *¡Viva la libertad!*, la cual presentamos en segundo lugar. Se propone el contexto y los

⁴ Allí mismo, 32.

elementos que permiten entender mejor la primera traducción al castellano de esta alocución del pensador ítalo-alemán, en la que se recuerda la valentía de los alumnos ligados al movimiento Rosa Blanca. Estos estudiantes se opusieron al régimen nazi entregando su propia vida, manifestando que la libertad del hombre y el deseo de buscar la verdad está por encima de cualquier represión y deseo de dominio. En tercer lugar, proponemos el texto de Silvano Zucal. El filósofo italiano nos expone el pensamiento de Guardini en los *Tres escritos sobre la Universidad*, en donde se propone que la institución académica universitaria se juega su esencia actualmente entre la voluntad de poder y la voluntad de verdad. En cuarto lugar, José Ambrozic recoge algunas reflexiones sobre la relación entre Universidad y política a través de la ecología humana. Es decir, a partir de un entorno responsable no solo para el cuidado del mundo, sino de las personas humanas que lo habitan. En última instancia, se propone el texto *El realismo de la experiencia del hombre* del padre Massimo Serretti. En este texto, el padre Massimo analiza la noción de experiencia que, omnipresente en el mundo contemporáneo, manifiesta la importancia de retornar la mirada sobre el aspecto fundante de la existencia. En otras palabras, el hecho de que Dios, comunión de personas, ha creado libremente al ser humano y lo ha constituido persona humana. Cuando el hombre hace experiencia de esta verdad, que no depende de su subjetividad o de su modo de interpretar las cosas, entonces acepta con humildad el orden de la existencia y puede intentar vivir en relación auténtica con Aquel que lo ha amado desde la eternidad y que ha entregado a su propio Hijo para abrirle las puertas de la Trascendencia.

Esperamos que estas reflexiones que se nos proponen en este volumen permitan que los hombres de Universidad sigan pensando y repensando su vocación de servicio y que estén dispuestos a alzar su voz hasta las últimas consecuencias cuando vean en el mundo el mal que destruye al hombre, que lo esclaviza y que lo convierte en un instrumento a su servicio.